

Los Escorpiones

Sara Barquintero

Lumen

narrativa

Para Jorge, el cuerpo

Here's something else that's weird but true: in the day-to day trenches of adult life, there is actually no such thing as atheism. There is no such thing as not worshipping. Everybody worships. The only choice we get is what to worship.

DAVID FOSTER WALLACE

Prólogo

Los budistas tenían razón: uno nunca quiere morir, sino matar algo que habita dentro de sí, aunque a veces eso implique acabar con la propia vida. O eso dicen los hechos porque, ahora que el peligro acecha, Thomas no tiene ninguna gana de desaparecer. ¿Dónde quedó su cinismo desapegado, ese encogimiento de hombros hacia la propia existencia que le debería permitir mantener la dignidad en una situación así? No se sabe.

Sara, a su lado, tampoco tiene ganas de que llegue el fin, por mucho que diga su historial: se ve en la manera en la que le tiembla el labio, en cómo se abraza a sí misma, compacta, la mínima expresión de la materia en una esquina del zulo. Michaela D'Alessandro suspira con hartazgo y se pone en cuclillas frente a ella, pero eso solo hace que se encoja todavía más. Thomas imagina un budilla dorado y flotante muerto de risa, justo sobre su moño. ¿Y ahora qué?, dice la figurilla. Ahora nada. Ahora. La. Nada. Eso te gusta, ¿verdad, cabrón? Michaela se levanta. Ya no va vestida como en la fiesta; lleva un chándal claro y unas New Balance tan limpias que parecen recién estrenadas. Los observa de hito en hito. Al menos dicho cinismo debería servirles para afrontar la situación con cierta dignidad: ea, uno se muere siempre, me tocó ahora, ¿y qué? De Sócrates a nosotros tres mil años, el mismo ethos. Pero no es así: Sara ni lo mira, todo su organismo está dedicado al Terror. Ni siquiera intenta luchar contra la atadura de sus muñecas. Thomas observa a su alrededor: hace apenas unos instantes pensaba que quería suicidarse, pero ahora solo quiere escapar. El zulo no está vacío, pero no ofrece ninguna posibilidad de huida. A la derecha hay una mesa con un ordenador, repleta de plantas

artificiales y figuritas de acción, una placa en la que pone D'Alessandro. Cierra los ojos. Está cansado. En la otra esquina, una máquina de arcade viejísima, un póster mal colgado de *Super Mario 64* y, en la puerta, el camarero demoniaco que los encerró ahí. Por lo demás, todo es gris, húmedo y poco interesante, y Thomas supone que la espera sería igual de poco interesante de no temer por su pellejo. Si tuviera manos, inspiraría por la derecha y luego expulsaría el aire por el agujero izquierdo, para luego invertir el proceso. Desventajas poco obvias de estar esposado: imposible meditar.

—No le hagas daño a ella —le dice a Michaela, intentando resultar amenazador—. Ya has hecho suficiente.

Ella lo contempla con aburrimiento y Sara gime, el primer sonido que emite desde hace un rato. Thomas querría ser valiente, inspirarse en Sócrates, en Áyax, o al menos en el Capitán América cuando lo tirotea Sharon Carter. Pero no es capaz de moverse. Michaela se sienta sobre la mesa y saca uno de los cigarrillos del bolso de Sara.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con vosotros? —pregunta, después de darle la primera calada y tirar la ceniza al suelo.

Cambiatuvida.exe

El opio y Hitler le enseñaron que el mundo era de cristal.

LEONARD COHEN

I

Sara, Madrid, 2017

Javier sigue sin dar señales de vida. Ya han pasado dos días desde que no se presentó a la cita, y cada minuto es una tortura que me recuerda que tal vez no merezca la pena seguir esperando. Última conexión: las 10.29 del miércoles, y ya es viernes. ¿Le habrá sucedido algo? Es raro desaparecer de internet durante más de dos días. ¿Está evitándome? ¿Me intuye, ansiosa y loca, revisando su perfil una y otra vez?

Mi mente oscila entre ambas ideas varias veces por minuto: me detesta, decidió no quedar conmigo porque nunca le gusté demasiado, quizá ahora mismo está tan ocupado con otra cita que ni tiene tiempo para mirar su teléfono. O todo lo contrario: ha debido de sucederle algo, y grave. Tantas horas gastadas los últimos meses, tantos secretos, la costumbre ya instaurada de llamarnos cada madrugada. Y era él quien lo hacía, casi todas las noches, o daba una buena excusa. No puede ser en vano. No puede desaparecer.

Reviso por aburrimiento las capturas de su cuenta de la app de citas, la frase de Leonard Cohen como descripción del perfil y esa foto en la que sale tan guapo, fumando en un paisaje de niebla. Su última imagen era un fotograma de *Lo que queda de Edith Finch*, uno de mis videojuegos favoritos. Por eso le abrí conversación. Soy tonta, ¿por qué no le escribí mientras estaba en el café, por qué esperé ahí dos horas sin decir palabra? Habría sido más natural. Quizá se olvidó y piensa que yo también lo hice y tampoco me presenté. ¿Y si está enfadado? ¿Qué podría decir ahora? Jajaja, a mí

también se me olvidó la cita, ¿cómo estás? O: estuve esperándote durante horas, y ahora llevo dos días esperando una explicación, ¿piensas dármele? No quiero sonar resentida: ya estoy harta del papel de mujer despechada, pero también del de estúpida, la que pregunta inocentemente si está bien a un hombre que ni se plantea hablar contigo. Su foto de perfil de WhatsApp: él sentado en una playa a contraluz, media sonrisa y una mano en el bolsillo. ¿Cuántas madrugadas me habré dormido mirando esa foto, imaginando cómo sería su cuerpo en movimiento, sus manías y muecas, su olor? ¿Va a terminar así? Por Dios, ni siquiera quería que pasase algo entre nosotros. Solo aspiraba a crear un lugar en el que quisiera quedarse.

Releo nuestra conversación como una voyeur: hace una semana me dijo que había encontrado una «cosa flipante» y yo quise saber qué era. A lo mejor se trata de eso, es una persona obsesiva, necesita sus tiempos. No me contestó. Insistí el lunes, tras quince minutos observando una pantalla sin novedades: «Entonces, ¿nos vemos el miércoles?». Un mensaje de él, lacónico, cinco horas más tarde: «Sí, sí». No me atreví a preguntar más. En mi cabeza desfilaban todos los mitos literarios y televisivos de mujeres pertinaces y demasiado deseosas de afecto. Además, por fin me había propuesto quedar. Nunca había tardado tanto con alguien de Tinder. Eso me mantuvo más o menos calmada: quizá no me escribía tanto porque íbamos a vernos. Solo me planté el miércoles a las seis y media en el café que había elegido. Dos horas bebiendo a solas, sin esperanza a partir de las siete. No vino. Y desde entonces hasta hoy.

Son las 10.29. Último mensaje leído el lunes a las 16.40. Cinco minutos mirando esos números. Cinco minutos y, de repente, «En línea». Contengo la respiración, uno, dos, tres. Sigue ahí. Lo imagino revisando su teléfono en esa playa a contraluz. No dice nada. ¿Le da vergüenza lo que me ha hecho? No escribe. Empiezo a hacerlo yo. Borro. ¿Habrá visto que le estaba escribiendo o tendrá demasiados chats por encima del mío?

Salgo de la aplicación. Pulso el botón de llamada. Un tono, dos, tres, cuatro. ¿Por qué no descuelga si está en línea? Tiene que estar viéndolo.

Por fin lo coge. Al principio no dice nada. A mí no me sale la voz. He olvidado momentáneamente cómo suena la suya.

—Hola —digo.

—¿Quién es? —contesta una voz femenina—. ¿Hola? —insiste, con un toque de angustia.

Espero en silencio. La mujer pregunta de nuevo si hay alguien ahí.

—Soy una... amiga de Javier —murmuro—. Habíamos quedado y no vino. Me preguntaba si estaría bien y...

La voz dice algo al otro lado de la línea. Tartamudea, ¿está llorando? En un solo segundo, la veo: la esposa ultrajada, una esposa secreta para mí que ha cogido el teléfono de su novio y leído nuestros mensajes de amor no explícito. Dos días de una disputa ininterrumpida tratando de salvar su relación... hasta que, tonta de mí, decidí llamar. La imagino delgadísima, con mechaz californianas y uñas de color rosa neón. No la escucho cuando habla. Tampoco soy capaz de decir nada, ni de preguntar, ni de justificarme: qué diría si pudiera. Entonces carraspea, ¿eso es que me toca contestar? Al otro lado, ella respira hondo y se serena, como si hubiese llegado a alguna clase de conclusión.

—El entierro es mañana —dice.

—¿Cómo?

—Sí. El entierro de Javier. Es mañana a las cinco. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Sara. Me llamo Sara.

Dice que no le sueno. Añade una serie de datos que no consigo registrar. Vale, intervengo cuando el silencio sostenido me obliga. Lo siento mucho, digo, e incluso a mí

me suena falso mi pésame. La voz me pregunta si iré. Contesto que sí. Ni siquiera sé de qué ha muerto.

—¿Vas a cenar? —pregunta Alba cuando salgo del cuarto, aposentada en el sofá del salón con un reality show de fondo y la cabeza hundida en su teléfono. Ojalá tuviera el dinero suficiente para vivir en un piso sin compañeros. O al menos tener una diferente—. Pensaba pedir pizza, no sé si te apetece.

—Tranquila, no me apetece.

Enciendo un cigarro pese a que tengo el estómago revuelto. El gato se levanta para saludarme, golpea la cabezota contra mi pierna, lo ignoro. Alba frunce la nariz y dice que estoy fumando mucho. Al menos podría abrir la ventana, ¿no? Joder, pues claro que podría, pero hace frío y no quiero perder la poca temperatura que hemos alcanzado en casa. No digo nada sobre Javier. Nunca ha apoyado demasiado mi aventura amorosa cibernética, le parece poco real. ¿Por qué no quedábamos si hablábamos a diario y vivíamos en la misma ciudad? Yo también me lo había preguntado, pero era cómodo. El chat era sencillo y no me sentía preparada para conocer a alguien tan rápido. El miércoles no me atreví a contarle que nuestra cita había fracasado para no escuchar su juicio condenatorio. ¿Qué sabrá ella? Si mi vida social ya es delgada, la suya es inexistente.

Debe de intuir que tiene que ver con él, porque suspira y pone su cara de consejo sensato.

—He pedido una familiar, por si cambias de idea. Créeme, seguro que no merecía la pena. Nadie es tan importante como para matarse de hambre.

Se me escapa una carcajada nerviosa y enciendo otro cigarro. ¿Por qué habrá muerto Javier? Seguro que no de hambre. Alba resopla, dice que no hay quien me aguante y nos

expulsa del salón a mí y al cenicero. ¿Tiene razón? Inaguantable. Insoportable. Justicia divina: el cielo prefiere que un tío muera a que tenga que pasar dos horas conmigo.

—No pienses en eso —le digo a la ventana de enfrente. Fachada morada mugrienta, la misma mierda de sábanas tendidas desde hace días. Abro la ventana para fumar—. No pienses así. Solo una narcisista puede convertir una desgracia en una venganza personal de los dioses. Eres idiota.

Me trago un orfidal. Últimamente necesito uno para dormir, en ocasiones dos; hoy no habrá cantidad suficiente de orfidal que me permita hacerlo. Me tumbo en la cama, aún con la ventana abierta y la vista posada en las sábanas que se agitan por las corrientes del aire. Esta es la señal, Sara: ya vale de encerrarse, de huir, de hablar con desconocidos por internet sin atreverte a quedar con ellos. Si querías un signo, aquí lo tienes. Igualito al poema ese de Rilke: mañana todo cambiará, debe hacerlo, debes cambiar tu vida. Pero a mí no me lo dice un torso griego, sino una sábana sucia en una fachada aún peor.

Me cuesta salir de la capilla. En cuanto el cura da la comunión, todos parecen querer correr en direcciones contrarias, todos, los ciento setenta y cuatro. Algunos avanzan hacia la ¿viuda?, ¿novia?, otros hacia la puerta. Me siento torpe. Me mareo, me hago a un lado y dejo que todos me adelanten. Trato de liarne un cigarro, me tiemblan las manos, se me han taponado los oídos. No alcanzo a entender las conversaciones de la gente que sale, pero veo que una madre le da un zumo a una niña de unos cinco años y ella lo sorbe con estruendo. ¿Qué demonios hago aquí?

Lío un cigarrillo lánguido y feo, casi imposible de fumar, pero quiero hacerlo, necesito hacerlo, ojalá hacerlo, aunque la hazaña de separarme de la pared parezca irrealizable. No con tantas personas dando tumbos, no con este frío y esta total falta de equilibrio. Respira.

Respira hondo.

Sal de aquí.

Entonces me adelanta la mujer, rodeada de un séquito de lamentos. Ella misma ya no llora, se empleó a fondo al lado derecho del cura. No tiene mechas californianas ni uñas de color rosa neón. Todo en ella es plano, anodino, de un marrón insulso. Se me ocurre que, si alguien muere estando contigo y jurando que te ama, es tuyo para siempre, por mucho que fueran mal las cosas o que se tratase de una tontería semiadolescente que acabara de empezar. No creo que sea el caso. Algo en cómo la trata la familia hace pensar en la comodidad de conocerse desde hace mucho tiempo.

Ella para frente a mí con su comparsa, arrinconándome contra una esquina: tienes que salir de aquí, de verdad, Sara, ni puedes ni quieres escucharlos. Me separo de la pared a tientas, probando mis piernas para ver si me sostienen. Sí, lo hacen. Más o menos. Tienes que dar un paso, dos, tres, agarrar la manilla de la puerta... Y por fin salgo, casi corriendo, con una energía inesperada. Me siento en uno de los bancos laterales, lejos del murmullo. Lucho por encender el cigarrillo, pero el mechero no termina de prender.

Un hombre se acerca a mí, me ofrece el suyo, me ayuda a que lo encienda. ¿Por qué no puedo parar de temblar? ¿Es solo el frío?

—¿Lo conocías mucho? —pregunta. Unos cuarenta y cinco años, ¿tal vez un compañero de trabajo, uno del banco? Javier tenía veintinueve, pero era el más joven del equipo, me lo dijo varias veces. No sé qué contestarle, él no parece esperar respuesta. También fuma—. Yo no. Vine por Chelo.

Deduzco que Chelo es esa mujer.

—¿Sois amigos?

—Compañeros de trabajo de Chelo. Esto es una mierda.

—Ya.

—Sobre todo en estas fechas. Casi Navidad, todo lleno de familias comprando... Bueno, ya sabes. Va a ser muy duro.

—Claro.

Calla. Tira la ceniza al suelo, saca un paquete de Fortuna. Su cara tiene una irregularidad minúscula, el ojo derecho algo más abierto que el izquierdo, minúscula pero insoportable. Acepto otro cigarro.

—¿Dónde... dónde trabajáis? —digo, para romper el silencio—. Hacía mucho que no veía a Javier.

Se me destaponan los oídos y empiezo a escuchar las voces de los que esperan arremolinados en torno a la capilla.

—En El Corte Inglés. En Nuevos Ministerios, además. Ya sabes cómo se pone para el puente de diciembre. Hoy va a ser un infierno —reitera. Da la impresión de que la fecha escogida es peor que la muerte misma. Recuerdo entonces la corona de flores con una etiqueta gigantesca de El Corte Inglés en el velatorio, lo ridícula que me pareció—. Creo que tenemos que movernos ya. —Tira el cigarrillo al suelo, mientras alza la cabeza por encima de la mía.

No quiero moverme, me aferro al mío aunque está casi consumido por completo. Por primera vez, siento las lágrimas acudiendo a mis párpados, un nudo en la garganta. Él se da cuenta y me aprieta el hombro, aunque ojalá no lo hiciese, ojalá no, porque el calor de su mano aún me da más ganas de llorar; de gritar «qué estoy haciendo», confesar que jamás he ido a un entierro, que no conozco a nadie, que no puedo respirar bien y que siento que voy a atragantarme con mi propia saliva acumulándose bajo la lengua.

—¿Cómo has venido? —pregunta, ya de pie.

—En Cabify.

—Cabes en nuestro coche —ofrece, ayudándome a levantarme del banco. Estamos muy cerca.

Ponerse en pie y, de repente, recordar el peso del propio cuerpo, sentir aún más el frío. Y ya dentro de un coche, un Nissan color perla, un coche caliente y con olor a plástico y a gasolinera. A Javier le gustaban los coches. Siempre se fijaba en los modelos que salían en el *GTA* y demás, a mí nunca me han interesado. Me apretujo entre dos cuerpos de hombre muy parecidos al del banco, ambos con traje, todos cortados por el mismo patrón de trabajadores de El Corte Inglés.

—Era muy buena persona —dice uno, todos están de acuerdo—. ¿De qué lo conocías tú?

Noto que el rubor me sube a las mejillas, dándome aún más calor. De una convención de videojuegos, miento; parece una mentira convincente. Otro dice que no sabía que a Javier le gustaran esas cosas y todo se vuelve aún más incomprensible: ¿estamos hablando de la misma persona? ¿Me he equivocado de ceremonia? Musito que fue hace años, pero creo que ya nadie me escucha. Todos hablan de Chelo, cómo no. Alguien dice que estaban pasando una época muy mala y encuentro cierta satisfacción en ello. Qué idiota eres, Sara, qué ruin. Arrancan. Los coches circulan en procesión por una carretera secundaria y me meto un orfidal con disimulo debajo de la lengua. El color deja de ser color para ser luz, las farolas se desdibujan, cierro los ojos. Acuden a mi mente imágenes del funeral, sus padres llorando, Chelo moviendo la boca en un discurso apenas audible desde el final de la sala, las ciento setenta y cuatro cabezas, cuántas, tantísimas, ciento setenta y cuatro, moviéndose de un lado a otro para manifestar su aflicción. Y una imagen de él, de Javier, una selfie de cuando se afeitó la barba hace dos semanas. Incluso los mensajes de abajo. Yo: qué hombre más serio. Y él: es que soy un tipo serio, tontita. A ver qué te vas a pensar.